

## TIRTEO Y SOLÓN

En los siglos VIII a. J. C. y sucesivos, Grecia se enfrentó con la crisis económica más grave tal vez de su Historia. Las diversas soluciones que los pueblos griegos aportaron a esta crisis decidieron su destino definitivo a lo largo de toda la Antigüedad<sup>1</sup>. Atenas, entre ellos, encontró la solución más feliz al transformar su agricultura para el consumo interno en agricultura para la exportación; ello trajo consigo, como luego veremos, el nacimiento de la industria y el comercio y la aparición de nuevas clases sociales que, conscientes de su importancia en la comunidad, reclamaron un puesto en el cuadro político. Así se inició una evolución que había de llevar paulatinamente hasta los esplendores de la época clásica y en cuyos albores aparece Solón.

\* \* \*

Esparta, en cambio, para resolver su crisis optó por sojuzgar a un pueblo hermano, a Mesenia, arrebatándole sus tierras y reduciéndolo a la esclavitud. Esta solución afectó asimismo gravemente al destino de Esparta<sup>2</sup>. Para

---

<sup>1</sup> Cf. TOYNBEE *Historia del helenismo*, Buenos Aires, 1963, 25 ss.

<sup>2</sup> Sobre Esparta, cf. TOYNBEE *A Study of History* III, Londres, 1934, 50-79 y 455-477 y últimamente *Some Problems of Greek History*, Oxford, 1969, 152 ss. Cf. también CHRIMES *Ancient Sparta*, Manchester, 1949; FORREST *A History of Sparta*, Londres, 1968; HUXLEY *Early Sparta*, Londres, 1962;

mantener sumisos a los vencidos, que se sublevaron repetidas veces, se vio obligada a montar una guardia permanente, a convertirse en una ciudad-cuartel, a educar a sus hijos exclusivamente para la guerra. Las instituciones se anquilosan; se abandona la cultura del espíritu. Pues bien, en los momentos decisivos en que el pueblo espartano sentó las bases de su historia futura aparece también un poeta, Tirteo.

\* \* \*

Tirteo y Solón simbolizan el destino de dos pueblos griegos en la etapa más crítica de su historia. Fueron guías espirituales, responsables en gran parte e intérpretes del sentir de Esparta y Atenas respectivamente. Los pueblos, como los individuos, se ven también abocados a la terrible necesidad de elegir. Pero los pueblos suelen contar a la hora de las grandes decisiones con personalidades poderosas, iluminadas o nefastas, que les marcan el camino de salvación o de servidumbre. Pocas veces podemos subrayar de un modo tan claro el contraste progresivo entre dos pueblos como en el caso de Atenas y Esparta a partir de un momento determinado de su historia, aquel en que aparecen ambos poetas. Por eso, a la vez que sus coincidencias, pondremos también de relieve las diferencias entre ellos, no sólo personales y literarias, sino igualmente aquellas en que ambos reflejan el diverso carácter de sus pueblos en cuyos símbolos se convirtieron.

\* \* \*

Tirteo<sup>3</sup> florece con toda probabilidad en la segunda mitad del siglo VII a. J. C., durante la segunda guerra

JONES *Sparta*, Oxford, 1967; MICHELL *Sparta*, Cambridge, 1952; OLLIER *Le mirage Spartiate*, París, 1943<sup>2</sup>.

<sup>3</sup> Cf. ADRADOS *Líricos griegos I*, Barcelona, 1956, 117 ss. (con amplia bibliografía en págs. 125 ss.), y LASSO DE LA VEGA *El guerrero tirteico*, en *Ideales de la formación griega*, Madrid, 1966, 115-180; también JAEGER

Mesenia<sup>4</sup>, acontecimiento al que se refieren sus versos, en los que se presenta<sup>5</sup> como espartano y como soldado. La leyenda que desde Platón le atribuía origen ateniense se explica porque en el siglo IV resultaba increíble que en Esparta hubiese podido nunca cultivarse la poesía<sup>6</sup>. La guerra aludida, provocada por la sublevación de los Mesenios, que ya habían sido sometidos a fines del siglo VIII, divide la historia de Esparta en dos etapas completamente diferentes. Hasta entonces este pueblo había sido semejante a las demás comunidades griegas, con las que comparte la misma tradición cultural y espiritual. Las excavaciones de los templos de Artemis Ortia y Atenea Calcieco revelan que en Esparta habían penetrado las corrientes arquitectónicas de la Grecia oriental. La elegía jónica cultivada por Calino es la misma de Tirteo. En la Música tampoco se aísla Esparta del resto de las ciudades griegas. Terpandro de Lesbos fue llamado para dirigir el coro de las fiestas religiosas. Si el lenguaje y la forma de Tirteo son enteramente homéricos, en la poesía coral de Alcmán se introduce ya el dialecto lacónico. Hasta la segunda guerra Mesenia, Esparta no difiere, pues, del resto de Grecia. Pero la prueba terrible a que se vio sometida por aquella rebelión la hizo cambiar radicalmente. Para mantener sumisos a los vencidos se convierte, como hemos dicho, en una ciudad-cuartel consagrada exclusivamente al adiestramiento en la guerra, con abandono de toda actividad cultural, y se encierra en sus propias fronteras, sin contactos con el mundo exterior. La división en castas infranqueables se hace más rigurosa, y se detiene la evolución de sus instituciones para evitar cualquier innova-

---

*Paideia: los ideales de la cultura griega*, tr. esp. México, 1957, 84 ss.; FRAENKEL *Dichtung und Philosophie des frühen Griechentums*, Munich, 1962, 172-178.

<sup>4</sup> Cf. KROYMANN *Sparta und Messenien: Untersuchungen zur Überlieferung der messenischen Kriege*, Berlín, 1937; también LASSO DE LA VEGA o. c. 121.

<sup>5</sup> Cf. vs. 7 y ss. del fr. 19 W.

<sup>6</sup> Cf. ADRADOS o. c. 117-118.

ción. Esparta pasa a ser, a partir de este momento, un prototipo de Estado reaccionario y de «civilización detenida»<sup>7</sup>. Tirteo aparece entre estas dos épocas. Su inspiración poética fue suscitada por el grave peligro que arrojó su patria en aquella guerra. En sus poemas trata de encender el valor de los soldados ante el enemigo. Pero en realidad se convirtió en el intérprete del espíritu eterno del pueblo espartano<sup>8</sup>.

\* \* \*

Entre la producción poética de Tirteo se cuentan elegías y canciones anapésticas de guerra. De estas últimas nada auténtico ha quedado. De las elegías conocemos sobre todo los fragmentos conservados por diversos autores antiguos. En la edad arcaica griega, la elegía fue el instrumento poético por excelencia, utilizado por los educadores del pueblo griego para impartir sus enseñanzas. La elegía<sup>9</sup> tiene su origen, de una parte, en una serie de canciones preliterarias, y de otra, en la tradición épica. De los discursos de la epopeya procede su carácter exhortativo, aunque ahora la exhortación se refiere a situaciones reales del presente. También se toman de la epopeya ciertas descripciones; y el lenguaje y la métrica están muy influidos por ella. El dístico elegíaco formado por un hexámetro y un pentámetro llegó a constituir un género literario que daba expresión a todas las necesidades y al nuevo espíritu del mundo arcaico. El dístico elegíaco, con su ritmo que se quiebra a intervalos regulares, no es apropiado para la narración y, en cambio, facilita la organización del pensamiento en frases breves y equilibradas, a base de antítesis y paralelismos, muy de acuerdo con el estilo y el pensamiento arcaicos. La elegía es por antonomasia la poesía

---

<sup>7</sup> Cf. TOYNBEE en primera o. c. en n. 2.

<sup>8</sup> Cf. JAEGER o. c. 87. Una amplia y detallada exposición de este punto, LASSO DE LA VEGA o. c. 136 ss.

<sup>9</sup> Cf. ADRADOS o. c. IX ss.

de la exhortación y la reflexión sobre los temas más diversos: la guerra, el gobierno, el sentido de la vida humana.

Una de las elegías de Tirteo de que se conserva un pequeño fragmento es la titulada *Eunomía* o *El buen gobierno*<sup>10</sup>. Fue compuesta a raíz de los desórdenes sociales que acompañaron a la segunda guerra Mesenia; en ella Tirteo defendía la antigua constitución espartana, rechazaba las propuestas de realizar un nuevo reparto de tierras y, para consolidar las instituciones tradicionales, les atribuía origen divino.

La mayoría de los restantes fragmentos son exhortaciones a luchar contra los enemigos.

El contenido depende de las realidades históricas en que se movía el poeta. Su expresión se atiene sustancialmente al estilo de la epopeya homérica. Viste un asunto contemporáneo con el lenguaje épico. Lo cual le resultó tanto más fácil cuanto que no hay nada más cercano a la epopeya que los temas guerreros. Por ello el poeta espartano pudo tomar de Homero no sólo el material lingüístico, sino también rasgos de las descripciones de batallas y de los discursos, que le sirvieron de modelo para enardecer a sus compatriotas ante los Mesenios sublevados<sup>11</sup>.

Tirteo no tuvo, para crear su elegía, más que transferir el espíritu que alienta en las escenas homéricas a la realidad de la guerra Mesenia. Pero lo que confiere a sus poemas verdadera grandeza no es su fidelidad a Homero, sino la nueva fuerza espiritual revestida de las formas artísticas de la épica, la idea de una comunidad ciudadana a la cual el individuo está sometido totalmente hasta vivir y morir por ella. El ideal homérico del héroe se transforma en el heroísmo del amor a la patria<sup>12</sup>.

\* \* \*

---

<sup>10</sup> Fr. 2 W.

<sup>11</sup> Cf. JAEGER o. c. 89.

<sup>12</sup> Cf. LASSO DE LA VEGA o. c.

Pero, antes de exponer con pormenor el contenido de esta poesía, detengámonos un momento a analizar la forma que sirve de vehículo a ese contenido.

Son muchos los autores que han subrayado la técnica de composición típicamente arcaica que muestran los poemas de Tirteo: por ejemplo, la llamada «composición anular», en virtud de la cual el concepto con que se inicia un poema vuelve a ser tomado al final cerrándose de este modo el círculo. Así, en el fragmento 10 W., el primer verso, *es hermoso morir por la Patria luchando en las primeras filas*, halla un eco en el verso final. Célebre es, sobre todo, el recurso literario de la «Priamel» o preámbulo, que inmortalizó Tirteo<sup>13</sup> en el más famoso de sus poemas rechazando todos los ideales humanos (el deporte, la belleza, la riqueza, la elocuencia) para terminar proponiendo, como el más alto ideal, el valor guerrero al servicio del país<sup>14</sup>. Este poema, con su técnica de composición, tuvo posteriormente amplios ecos y fue imitado por diferentes autores que proponen nuevos ideales de vida: Teognis, Jenófanes, Solón, Horacio e incluso S. Pablo en su epístola a los Corintios cuando habla del amor, el nuevo ideal cristiano.

En su análisis de esta elegía, van Groningen<sup>15</sup> destaca el extenso exordio en que se formula la tesis del poeta (la excelencia del valor guerrero) en forma negativa (rechazando todos los demás ideales humanos) y el breve epílogo de dos versos que condensa toda la elegía en una exhortación: *He ahí el ejemplo que debemos seguir, el del guerrero valeroso*. Jaeger en las elegías de Tirteo distingue dos elementos fundamentales: la exhortación y la argumentación. La primera se expresa por medio del imperativo o modos verbales equivalentes; la segunda emplea, naturalmente, el indicativo. En este poema que comentamos todo es argu-

<sup>13</sup> Cf. LASSO DE LA VEGA o. c. 126 y n. 27.

<sup>14</sup> Fr. 12 W.

<sup>15</sup> VAN GRONINGEN *La composition littéraire archaïque grecque*, Amsterdam, 1960, 125 ss.

mentación excepto el epílogo, que es exhortativo. La idea dominante, que está presente en todo el poema, le da una unidad sólida y corroborada por el exordio y el epílogo.

De Tirteo, aparte del poema que acabamos de comentar, nos quedan aún 166 versos, no todos completos. Entre ellos se encuentran los fragmentos 18-23 W., conservados en un papiro de Berlín del siglo III a. J. C., en que se exhorta al ejército espartano al ataque de una fortaleza mesenia. Los procedimientos de enlace de las ideas son extremadamente sencillos, a base de simples partículas ilativas. Sin embargo, lo que más destaca en el conjunto es la repetición de unos mismos conceptos dentro de una gran variedad de formas. La idea central es la misma a lo largo de toda la elegía: la exhortación al valor presentada, no obstante, siempre de una manera nueva. No es posible deducir si se trata de un poema único o de varios distintos. Parece más bien que aquí tenemos un conjunto relativamente unitario que se prolongaba más allá de lo conservado y que proseguía su flujo de ideas en principio análogas, pero a la vez siempre variadas en una cadena extensible a voluntad.

En el fragmento 10 W. volvemos al tema de la guerra. Comienza por una secuencia de ideas muy sencilla: *Es hermoso morir por la Patria en el campo de batalla* (vs. 1-2); *por el contrario, el destierro como castigo de la cobardía es una desgracia afrentosa* (3-10); *luchemos, pues, con valor* (11-14). Las dos premisas forman la argumentación y la conclusión encierra el elemento parenético. Aunque el fragmento constituye una unidad, comienza con la partícula γάρ, lo que indica que no es independiente. Luego sigue con la exhortación *combatid, jóvenes, con valentía* (15-20); continúa con la argumentación, *un joven, incluso caído en el combate, es siempre un bello espectáculo* (21-30); y concluye con la exhortación: *Manteneos, pues, firmes en vuestro puesto* (31-32). La idea fundamental es la misma: la exhortación al valor frente al enemigo. La técnica de composición es, pues, la de una cadena con

repeticiones variadas: hay un tema dominante que se repite una y otra vez en formas diversas por medio de una u otra argumentación.

En suma, en Tirteo actúa un motivo recurrente: la exhortación a los guerreros espartanos a dar pruebas de valor. El autor lo formula repetidas veces, bien de manera directa, bien bajo formas diversas. Entre estas repeticiones presentadas como exhortación intercala argumentos de distinto tipo y amplitud. En la medida en que el estado de los fragmentos permite afirmarlo, no hay en ellos un corte tan tajante que debamos pensar en la existencia de poemas independientes. Cabe deducir que Tirteo no ha querido componer poemas separados; ya que la idea central es la misma, parece haber elaborado una serie de composiciones encadenadas que no son sino variaciones de un tema único. Cada vez que las circunstancias lo requerían, añadía un nuevo desarrollo a la serie existente. Era como una continuación del tema único.

\* \* \*

A esta forma poética está vinculado un contenido que se ha convertido en el ideal de vida de todo un pueblo. Ciertamente que no podemos olvidar las circunstancias históricas en que brotaron estos poemas. Como advierte Adrados<sup>16</sup>, si Tirteo pone por encima de todo el valor militar es porque se halla en medio de una crisis angustiosa de su patria en la cual nada había para ella más necesario. Pero, si los poemas de Tirteo no envejecieron, es porque en ellos quedó impreso el espíritu del pueblo espartano y porque supo dar forma y cauce a las vivencias, al sentir profundo de sus compatriotas<sup>17</sup>.

Pero, si reflexionamos sobre la vinculación histórica de la poesía tirteica y el pueblo espartano, nos queda en el fondo una impresión penosa. Una poesía que está llamada

<sup>16</sup> ADRADOS o. c. 122.

<sup>17</sup> Cf. LASSO DE LA VEGA o. c.



a dar expresión a un momento culminante de la existencia humana en unas circunstancias necesariamente transitorias se ha convertido en la forma de vida perpetua, unilateral, anquilosada de todo un pueblo. La responsabilidad de este hecho no gravita sobre Tirteo, sino sobre Esparta, que, al cometer el atropello de esclavizar a sus hermanos, se vio obligada a mantenerse en guardia permanente por temor a la venganza de los Mesenios sojuzgados. La guerra, el espíritu guerrero, se convirtió desde entonces en el único alimento de aquellas almas que desde la niñez hasta la ancianidad eran educadas en función de la violencia.

Así se explica que Tirteo llegase a ser el maestro y el guía espiritual de Esparta. En el momento bélico sólo se valora y puede valorarse el arrojo, el desprecio a la vida, el sacrificio por la Patria. La mención de los demás valores humanos no tiene cabida. Lo que entonces importa es estimular, tanto como el valor, el odio contra el enemigo al que se ha de aniquilar. Tirteo no duda en reavivar el desprecio y la indignación de los soldados espartanos contra los Mesenios, recordándoles los días en que éstos, derrengados bajo el peso del trabajo, igual que asnos, se veían obligados a servir a sus dueños<sup>18</sup>. Un pueblo que erige tales sentimientos, directa o indirectamente, primaria o secundariamente en norma de vida, fatalmente se convierte en modelo de antihumanismo. Es comprensible que Esparta, que vivió toda su historia bajo el signo de la guerra, encontrase en la poesía de Tirteo la más genuina expresión de su propio espíritu.

Es cierto que, si el hombre estuviese condenado a servir exclusivamente los valores económicos, exaltados sobre todo por la era industrial, que encadenan al hombre a una vida de gris atonía y crasamente egoísta, merecería la pena promover periódicamente la experiencia guerrera para obligarnos a escalar las cumbres del heroísmo en las

---

<sup>18</sup> Fr. 6 W.

acciones bélicas y paladear el intenso sabor agridulce de la emoción del peligro a que invita la célebre máxima de Nietzsche. Pero a los patrocinadores de la guerra se les ha replicado con razón diciendo que no es el espíritu guerrero la única alternativa al vulgar egoísmo anejo al imperio de los valores económicos. Las virtudes del guerrero, el valor, el desprecio a la vida, la entrega al servicio de la Patria son cosas grandiosas, sin duda, pero también piedras preciosas engastadas, según frase de Toynbee, en una horrible montura, porque están íntimamente vinculadas a una actitud de anhelo implacable de destrucción, de aniquilamiento de un semejante llamado enemigo. Toynbee y Popper, por ejemplo, encuentran otros medios para escapar al peligro de vulgarización de la vida que traen consigo los valores económicos. Las virtudes cristianas y la entrega a actividades promotoras del bien de los hombres pueden plenificar gloriosamente la existencia humana. En figuras como Pasteur, Fleming, Albert Schweitzer o tantos otros cuya cita se haría interminable hay más heroísmo que en todos los héroes juntos caídos en el campo de batalla.

\* \* \*

Y, sin embargo, en la historia de la Esparta educada por Tirteo encontramos una enorme paradoja que nos advierte contra el peligro de simplificar con exceso nuestra visión de los hechos históricos o culturales y nos previene contra el apresuramiento en emitir un juicio condenatorio. Este pueblo, el menos griego de todos los pueblos griegos, Esparta, consagrada exclusivamente a la guerra con abandono de toda otra cultura del espíritu, hasta el punto de que en vano buscaremos un nombre espartano entre los filósofos, literatos, escritores o artistas griegos, fue el que salvó para nosotros la cultura helénica en las tremendas jornadas de la invasión persa. En las Termópilas mejor que en ningún otro lugar y en ningún otro momento se demostró lo que había de grandioso y heroico en la edu-

cación espartana plasmada en los poemas de Tirteo. Sin el sacrificio de Leónidas y los suyos, sacrificio conscientemente aceptado como expresión del espíritu espartano<sup>19</sup>, tal vez no hubiese habido tiempo para preparar la acción de Salamina, en que Temístocles infligió el golpe mortal a la agresión de Jerjes.

Si hoy somos griegos y no asiáticos lo debemos en un grado incalculable al arrojo de un grupo de soldados educados en los poemas de Tirteo.

Tal vez sea éste el elogio más elevado y conmovido que podamos hacer al poeta que un día, en el lejano siglo VII a. J. C., cantó ante sus guerreros, en vísperas del combate, aquellos versos<sup>20</sup> inmortales: *No hay nada más hermoso que morir por la Patria en el campo de batalla.*

\* \* \*

Tras las invasiones dóricas Grecia fue despertando poco a poco a una nueva vida en el transcurso de la época arcaica<sup>21</sup>.

Los pueblos griegos descubren entonces un nuevo asiento para su desarrollo, la polis, la ciudad amurallada que les ofrece la seguridad indispensable. Esta seguridad trae consigo la prosperidad económica vinculada sobre todo al comercio y a la industria. La aristocracia, que hasta este momento había detentado el poder sin disputa, se enfrenta ahora a nuevas fuerzas sociales enriquecidas que reclaman de la comunidad el acceso al control político.

Por otra parte la clase campesina se encontraba en un estado de lamentable postración, a merced de los aris-

<sup>19</sup> Cf. LASSO DE LA VEGA o. c. 133.

<sup>20</sup> Fr. 10, 1-2 W.

<sup>21</sup> Una visión de conjunto sobre el concepto del hombre en la edad arcaica, en FERNÁNDEZ-GALIANO *El concepto del hombre en el pensamiento griego arcaico*, en GALIANO-ADRADOS-LASSO DE LA VEGA *El concepto del hombre en la antigua Grecia*, Madrid, 1955, 7-45; sobre la edad arcaica en general, cf. HAMMOND *A History of Greece*, Oxford, 1967, 92 ss.; SCHACHERMEYER *Griechische Geschichte*, Stuttgart, 1960, 73 ss. y 116 ss.

tócratas terratenientes<sup>22</sup> que vendían en el extranjero a los deudores insolventes tras despojarlos de sus tierras. En tales circunstancias los dirigentes del partido popular pedían con urgencia un nuevo reparto de tierras, la abolición de las deudas y un régimen político en el que se contase con el pueblo. Pero estas reclamaciones chocaban con la resistencia obstinada de los nobles. En las comunidades griegas hacía estragos la discordia caracterizada por un doble elemento: el social de las clases inferiores, que se agitaban tratando de imponer sus exigencias, y el político de los diversos grupos rivales en que se había fraccionado la clase dirigente. Frente al grupo conservador estaba el de aquellos que pretendían la conquista del poder, aliándose con el pueblo, para implantar la dictadura. La tormenta revolucionaria se cernía no sólo sobre Atenas, sino también sobre Mégara, Corinto, Sición y otros puntos de la península y ultramar<sup>23</sup>.

\* \* \*

No obstante, en estas circunstancias descubrimos en Atenas un rasgo luminoso. La conciencia unitaria de la sociedad ateniense no ha desaparecido por entero; todavía existe un mínimo de cohesión. Mientras que, en otras ciudades, el cisma en el alma de la sociedad, de que habla Toynbee, había llevado a la implantación de la dictadura como solución desesperada, en Atenas los ciudadanos aún intentaron una solución de equilibrio buscando un mediador. Éste es el marco histórico en que aparece encuadrada la figura de Solón<sup>24</sup>.

---

<sup>22</sup> Sobre los problemas económicos, políticos y sociales, cf., además de las obras citadas en la n. anterior; BELOCH *Griechische Geschichte* I, Berlín, 1924, 265 ss. y 347 ss.; STARR *Le origini della civiltà greca*, Roma, 1964, 260 ss., 280 ss. y 301 ss.

<sup>23</sup> Cf. HAMMOND o. c. 142 ss., especialmente 145 ss.

<sup>24</sup> Cf. ADRADOS o. c. 169 ss. (con amplia bibliografía en págs. 177 ss.); FRAENKEL o. c. 249-273; WORDHOUSE *Solon the Liberator*, Nueva York, 1965; FERRARA *La politica di Solone*, Nápoles, 1964.

Ello pone de relieve sobre todo su condición de hombre de Estado más que de poeta. La poesía es en sus manos, antes que otra cosa, un arma política de ataque, de defensa o de exhortación. Su actividad pública culminó con el arcontado, en el año 594 a. J. C., en que reformó la constitución cuando tenía aproximadamente cuarenta años. Murió poco después de implantarse la dictadura de Pisistrato, en el año 560. La personalidad de Solón comenzó a verse envuelta en la leyenda ya desde el siglo v a. J. C.; por eso es muchas veces difícil separar en él la realidad del mito. Se impone, no obstante, tener en cuenta los rasgos esenciales de su vida, de su obra y pensamiento político para poder comprender sus creaciones poéticas<sup>25</sup>. Precisamente son sus poemas nuestra fuente principal, aparte de las leyes y de los datos que se nos ofrecen en la *Constitución de Atenas* de Aristóteles y en la *Vida de Solón* escrita por Plutarco<sup>26</sup>.

Solón procede de familia aristocrática. Y, desde luego, no renuncia a su clase ni en su pensamiento y acción olvida los intereses de los suyos. Casi nos sentiríamos tentados a afirmar que su aguda comprensión de los problemas en que se hallaba inmerso le llevaron paradójicamente a cercenar los privilegios de la aristocracia como único medio de salvarla. Para ello su medida fundamental fue la transformación del ideal de nobleza en ideal de clase de gobierno o, como dice Rodríguez Adrados<sup>27</sup>, la transformación de la aristocracia en una timocracia en que los derechos y deberes políticos se graduaban según los ingresos.

Lo que desea Solón<sup>28</sup> es que el poder permanezca en manos de los nobles y a la vez contentar a las clases inferiores para evitar el peligro de que se arrojen en brazos de un tirano. La tiranía, he ahí el temor obsesivo de Solón.

---

<sup>25</sup> Cf. ADRADOS o. c. 170.

<sup>26</sup> Cf. FERRARA o. c. 8 ss.

<sup>27</sup> ADRADOS *Ilustración y política en la Grecia clásica*, Madrid, 1969, 92.

<sup>28</sup> Cf. FERRARA o. c. 107 ss.

Porque la tiranía, en cuanto gobierno personalista, es incompatible con la aristocracia, en cuanto oligarquía de gobierno, con la que nuestro hombre se siente identificado.

Pero sería un error creer que Solón es portador de un programa de simple conservadurismo político, atento sólo a los intereses de clase. Su actuación responde a una profunda ideología en que entra de lleno en juego su fe religiosa. En su ideología se difuminan los intereses de clase y se revelan las hondas motivaciones que le impulsan a buscar el bien de la totalidad a través de la conciliación y la concordia. La justicia<sup>29</sup> pasa a ser en su concepción el elemento más significativo después de los precedentes de Hesíodo y Arquíloco. No son los dioses los que van a perder a Atenas, nos dice, sino sus propios ciudadanos: el ansia de riquezas de los nobles y la ambición de los demagogos<sup>30</sup>. Solón se ha dado cuenta de que la justicia es una necesidad para que la polis sobreviva.

Pero en sus funciones de mediador no se olvidó de lo que en el mundo bien organizado que él concibe se debe adjudicar al pueblo y a los nobles. La justicia, según él<sup>31</sup>, consiste en dar al pueblo lo que le basta no quitándole lo que le corresponde, pero tampoco rebasando esta medida. Solón se siente orgulloso de haber mejorado la situación de las clases inferiores evitando los abusos de que eran víctimas. Pero también advierte que se ha mostrado firme en refrenar al pueblo<sup>32</sup>; para él sigue habiendo una distinción tajante entre pueblo y nobleza. En su concepto de la injusticia entran por igual las cadenas de los hombres del pueblo vendidos como esclavos y la reforma agraria con nuevo reparto de tierras<sup>33</sup>, a la cual se opone formalmente.

Si su programa pronto quedó superado, es preciso, de todos modos, insistir en la sinceridad con que lo llevó

---

<sup>29</sup> Cf. JAEGER o. c. 137 ss.; ADRADOS o. c. (en n. 27) 94.

<sup>30</sup> Fr. 4 W.

<sup>31</sup> Fr. 5 W.

<sup>32</sup> Fr. 37 W; cf. también 36 W.

<sup>33</sup> Cf. fr. 36 W.

adelante. Fue su rectitud insobornable la que le hizo renunciar a la dictadura exponiéndose tanto a las burlas de los ambiciosos como al desencanto del pueblo, que vio frustradas sus esperanzas en aquel hombre que se había quedado a mitad de camino. Fue esa misma rectitud la que le impulsó a ayudar al pueblo mediante la cancelación de las deudas y el rescate de los ciudadanos vendidos como esclavos; a limitar el poder del Areópago, integrado sólo por nobles, instituyendo un nuevo Consejo, llamado de los Cuatrocientos, que sirvió de contrapeso al primero quitándole parte de sus antiguas atribuciones; a aumentar los poderes de la asamblea y del tribunal del pueblo, al cual podía recurrir cualquier ciudadano; a dividir, en fin, la población en cuatro clases según sus ingresos y a hacer depender de éstos las obligaciones militares y los derechos políticos, lo cual constituyó un duro golpe al anterior principio, que reservaba exclusivamente la intervención en política a la aristocracia<sup>34</sup>.

A pesar de la imparcialidad que presidió sus reformas, éstas fueron acerbamente criticadas por los dos grupos contrapuestos, ya que a los unos les parecían excesivos y a los otros insuficientes. Así se preparó la subida al poder del dictador Pisístrato en el año 560 a. J. C. Solón se opuso abiertamente a él, y de esta oposición nos quedan testimonios en algunos fragmentos de sus poemas<sup>35</sup>. Pero al fin aún vivió lo suficiente para ver consolidado en Atenas el régimen aborrecido.

\* \* \*

Cuando pasamos a considerar la obra poética de Solón, encontramos entre sus producciones elegías, yambos y troqueos de contenido muy semejante<sup>36</sup>. Predominan los poe-

---

<sup>34</sup> Cf. ADRADOS o. c. (en n. 27) 92.

<sup>35</sup> Cf. fr. 11 W.

<sup>36</sup> Cf. ADRADOS o. c. (en n. 3) 174.

mas de tipo moral y político. Pero no desdeña la poesía más frívola. Su alto ideal, basado en la justicia, no le impide apetecer la riqueza adquirida honradamente, como confiesa sin rodeos<sup>37</sup>. Político y poeta, es a la vez comerciante y hombre curioso de las costumbres de los países extraños. De todos modos su interés primordial es la moral y la política.

Pero antes de comentar el contenido de su obra hagamos una breve exposición de la forma poética que ha servido de cauce a ese contenido.

Como advierte van Groningen<sup>38</sup>, en la composición poética arcaica una idea o una emoción pueden ser repetidas y a la vez fácilmente reconocibles en su unidad. Pero también es posible que un cierto número de ideas conexas se presenten casi simultáneamente al espíritu del autor. Su cohesión puede ser tal que resultan imposibles de separar. En la época clásica se procurará distinguir los elementos constituyentes ordenándolos en un plan claro y eficaz. Pero esto exige una disciplina de espíritu y una superioridad de la técnica sobre los impulsos espontáneos que aún desconoce la edad arcaica. En el tipo de composición de esta época las ideas aparecen cargadas de otras ideas emparentadas, de asociaciones directas e indirectas. El autor se ve asaltado a la vez por varias de ellas pasando muchas veces de una a otra sin haber tratado a fondo la primera.

Un ejemplo del entrelazamiento de ideas lo ofrece la elegía a las Musas<sup>39</sup> de Solón. A semejanza de la epopeya, que indica la idea principal por medio de una palabra destacada al comienzo, Solón presenta inmediatamente después de la invocación a las Musas la palabra ὄλβον, que condensa exactamente el contenido del poema. La riqueza y los problemas que lleva aparejados son el tema

---

<sup>37</sup> Fr. 13 W.

<sup>38</sup> VAN GRONINGEN o. c. 94 ss., 129 ss.

<sup>39</sup> Fr. 13 W.



dé que va a tratar<sup>40</sup>. Pero hay, en el fondo, cuatro ideas principales en la elegía: el deseo de riqueza y prosperidad; sólo es duradera la prosperidad justa, don de los dioses; el hombre está inclinado a la presunción y a la imprevisión; el destino amenaza siempre con una sanción. Las cuatro están en una relación recíproca muy lógica. La primera constata un hecho que precisa la segunda en un sentido moral. En la tercera se nos advierte que el hombre se muestra con frecuencia rebelde a esta ley moral, actitud que tiene consecuencias fatales, según la idea cuarta. Pero Solón no las desarrolla de un modo sistemático ni trata cada una exhaustivamente antes de pasar a la siguiente, sino que las vuelve a tomar una y otra vez entrelazándolas entre sí; no se esfuerza ni en concebir separadamente los diversos motivos que le han inspirado ni en tratarlos en un orden preciso. No es que rehuyese esta tarea intencionadamente ni que se sintiese impotente para realizarla. La explicación está en que el tema se presentó a su espíritu como una amalgama de conceptos tan estrechamente relacionados, que le parece imposible aislarlos. Cada uno de ellos puede pasar una y otra vez al primer plano, pero los otros no abandonan la escena, sino que permanecen en el contorno inmediato. La unidad del conjunto era en su espíritu tan sólida que le ha impedido analizar y clasificar.

De los troqueos quedan tres fragmentos cuyo contenido es tan semejante, que probablemente pertenecen a un mismo poema, dirigido a Foco, personaje desconocido<sup>41</sup>. En estos fragmentos Solón, una vez terminada su obra política, se justifica contra los que le critican por no haber asumido la tiranía ni dado un carácter más radical a sus reformas. En los siete primeros versos recuerda las burlas de que le hizo objeto un tipo especial de detractores, los ambiciosos del puro poder, que no podían comprender

---

<sup>40</sup> Sobre otras interpretaciones de este poema, cf. ADRADOS o. c. (en n. 3) 175, 182 ss.

<sup>41</sup> Cf. ADRADOS o. c. (en n. 3) 200.

cómo el mediador dejó escapar la ocasión de su vida. Solón<sup>42</sup> es un insensato, pues, cuando la divinidad le ofrecía la fortuna, no la aceptó. Estas palabras nos recuerdan el reproche que Mommsen formula contra Pompeyo al ver cómo éste, cuando desembarcó en Brindis después de aplastar a Mitrídates, licenció a su ejército en vez de marchar sobre Roma: Jamás<sup>43</sup> ofrecieron a nadie los dioses ocasión más favorable. Pero Pompeyo era un pusilánime.

Podríamos así decir que Mommsen se muestra tan ciego para determinados valores morales como los detractores de Solón. El poeta ha acertado maravillosamente a describir el alma aquejada por la sed de poder cuando pone estas palabras<sup>44</sup> en boca de los que se burlaban de su falta de ambición: Si yo hubiera tenido el poder en mis manos, hubiera consentido en ser torturado y en que mi linaje fuera exterminado con tal de ser dictador de Atenas por un solo día. Un eco de estas palabras parece resonar en el célebre verso de *Las fenicias* de Eurípides que tanto gustaba de repetir el gran César y que Cicerón tradujo (*si faciendum est malum, regnandi gratia faciendum est*), idea que reaparece en las palabras<sup>45</sup> que Séneca puso en boca de su Eteocles (*imperia praetio quolibet constant bene*, nunca es excesivo el precio que se ofrezca por el poder). Solón fue el primero que denunció este mal, la célebre hidropesía de que habla la oda horaciana; Solón, precisamente el alma menos accesible a las tentaciones del poder. El poeta tiene conciencia de la grandeza humana que lleva consigo esta ausencia de ambiciones cuando replica<sup>46</sup> a sus acusadores: Si he renunciado a la tiranía no me avergüenzo de ello; creo, por el contrario, que este modo de proceder me coloca por encima de los demás hombres.

<sup>42</sup> Fr. 33 W.

<sup>43</sup> Citado por VAN OOTEGHEM *Pompée le Grand*, París, 1953, 120.

<sup>44</sup> Fr. 33 W.

<sup>45</sup> Eurípides, *Phoen.* 525; Séneca, *Phoen.* 737.

<sup>46</sup> Fr. 33 W.

En el mismo poema responde a los que se sintieron defraudados por no haber él llevado a cabo una revolución profunda en todos los órdenes. Aquí Solón, en un gesto de apasionada sinceridad, nos revela los más íntimos repliegues de su alma. Se le puede tachar de equivocado al creer que sus reformas moderadas bastarían para resolver los problemas de Atenas. Ese fue su error. Pero no se le podrá nunca tachar de insincero o inconsecuente, como se desprende de las palabras<sup>47</sup> con que desafía a sus enemigos: *Nadie podrá decir que no he cumplido lo que he prometido*. Solón no creía en la igualdad. Por eso sus reformas en lo político, económico y social no fueron más lejos. En su opinión, el gobierno debía estar en manos de la «élite»; al pueblo había de dársele solamente el control de la asamblea y el poder judicial. Eso bastaba para evitar nuevos abusos de la aristocracia y para la buena marcha de la comunidad.

En la composición de este poema advertimos de nuevo la técnica de la «red entrelazada» en que se combinan una y otra vez las dos ideas fundamentales que maneja el poeta, el tema de la tiranía y el de las reformas económicasociales.

Dentro de los fragmentos de metro elegíaco destaca el perteneciente al poema dedicado a la εὐνομία o buen gobierno<sup>48</sup>. El comienzo plantea ya un problema, pues se encuentra en el primer verso la partícula δέ, adversativa o copulativa, lo cual sugiere que se ha perdido una parte anterior. Pero, teniendo en cuenta la similitud de composición entre la obra de Solón y la de Tirteo, cabría admitir que las elegías políticas de Solón formaban una serie encadenada, de suerte que sus elementos eran en parte autónomos y en parte subordinados al conjunto.

El poeta formula como idea preparatoria la afirmación de que los dioses sólo desean el bien de Atenas y, por antítesis, pasa a su tema especial, la codicia de los nobles

<sup>47</sup> *Ibid.*

<sup>48</sup> Fr. 4 W.

y la injusticia de los jefes del partido popular y ambiciosos de la dictadura que llevan a la sociedad a la ruina. En efecto, de esas dos causas proceden la discordia y la guerra con toda suerte de calamidades públicas y privadas. Ésas son las consecuencias del mal gobierno, mientras que el buen gobierno trae la felicidad a los ciudadanos. El desarrollo del poema recuerda también aquí la técnica del entrelazamiento: una idea se acompaña naturalmente de un cierto número de ideas afines y la formulación de la primera arrastra casi automáticamente la formulación de las otras.

Del otro grupo de poemas, los yámbicos, nos quedan varios fragmentos numerados del 36 al 38 recientemente por West. En el más interesante de todos, el 36, se contiene también una defensa de su actuación como reformador. El tema que desarrolla es: *¿Por qué no he llevado a cabo una revolución radical?* A lo cual responde primeramente enumerando los logros conseguidos en bien de las clases inferiores (*yo he traído la libertad a la tierra y al pueblo; eso es lo que prometí y lo he cumplido*); pondera a continuación la imparcialidad con que procedió (*ninguno de los dos partidos se sobrepuso al otro; yo he implantado la justicia*); formula un segundo razonamiento en forma negativa (*otra política hubiera sido criminal y desastrosa*) y finaliza con una síntesis: *He ahí por qué he obrado como he obrado en mis funciones de mediador.*

\* \* \*

Han sido varios los comentaristas de Soión, por ejemplo Fraenkel<sup>49</sup>, que no han visto en sus poemas otra cosa que unas doctas reflexiones morales, políticas y religiosas anegadas en un océano de prosa. Si sus ideas políticas son aceptables o discutibles, su poesía, en la mente de estos críticos, es nula. Olvidan quienes así piensan que la distinción tajante entre prosa y poesía es casi un anacronismo

---

<sup>49</sup> FRAENKEL o. c.

en una época en que el verso era el único vehículo de comunicación a nivel literario; y también mucho más el hondo patetismo que estremece los versos de Solón, un iluminado que intuye el abismo al que se precipita la Patria por la discordia que hace estragos entre las clases sociales, la ciega codicia de unos y la ambición de poder de otros; olvidan, en suma, las grandiosas imágenes de que el político y el moralista sabía poblar sus poemas cuando hacía poesía. Ahí están, por ejemplo, en el fr. 36 W. los versos, llenos de legítimo orgullo, en que Solón nos pinta a la tierra del Ática como una doncella encadenada a la que él, nuevo Perseo, campeón de la libertad, acude para romper sus ataduras; ahí están los poemas en que nos describe el empeño desesperado con que defendió su imparcialidad, cuando se presenta a sí mismo, con imágenes tomadas de Homero, como un guerrero que mueve su escudo a uno y otro lado defendiéndose de los dardos que le disparan los ejércitos enemigos, o como un lobo al que acosa por doquier una jauría enfurecida.

Hay algo de patético no sólo en los versos de Solón, sino también en su figura, en el simbolismo que encarna en la historia de Atenas y del mundo. Todo él es como un mensaje destinado trágicamente a morir en flor antes de producir su fruto por haber brotado demasiado pronto o demasiado tarde. Solón es el grito profético que anhela prevenir al hombre contra los peligros de un régimen demasiado autoritario; un grito que se estrella impotente ante el bloque granítico del Estado levantado no por el capricho o la ambición de un individuo o un grupo, sino por el imperativo del momento histórico. El Estado<sup>50</sup> se yergue en el punto y hora en que el pueblo en cuestión reclama su ayuda porque sin él no puede seguir ya su camino: ha terminado la era paradisíaca del individuo

---

<sup>50</sup> Hablamos del Estado en un sentido no excesivamente riguroso, en cuanto la dictadura de Pisístrato puede interpretarse como creadora de una administración estatal independientemente de la sociedad ateniense (cf. ELLUL *Histoire des institutions* I, París, 1951, 78 ss.).

emprendedor, forjador de su destino en alas de la aventura, y comienza la era del Estado<sup>51</sup>. Entre estas dos eras quedan siempre aprisionados magníficos cantores de la edad que agoniza. Uno de ellos fue Solón; otro, Demóstenes, el batallador por las libertades de la polis en vísperas del helenismo; otro, Catón; otro, en fin, Hayek, el célebre economista austríaco, autor de *Los fundamentos de la libertad*, una de las obras más formidables que jamás se hayan escrito, en que canta la muerte del liberalismo en el mundo actual ante los avances del Estado socializante. Escuchando lo que dicen y contemplando lo que simbolizan estos hombres se comprenden las graves palabras de Max Scheler sobre el sentido trágico de la Historia, cuyo progreso es una colisión de valores en que el triunfo de unos no es el resultado de la caducidad de otros, sino de su muerte violenta y prematura cuando aún se ofrecían en todo su frescor, ricos en promesas sofocadas antes de nacer. Solón había afirmado mucho antes, con otras palabras, que todo poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente. Es la visión típica de las tareas de gobierno con ojos liberales, según la cual es condenable hasta la menor mutilación de la libertad del individuo. Pero Solón encontró la réplica en Pisístrato como Hayek la encontró en Gunnar Myrdal, por no citar más que un sociólogo actual, con su obra *El Estado del futuro*, en la que se pone de relieve cómo el Estado moderno, aun sin proponérselo, ha tenido, a partir de las dos guerras mundiales, que ir absorbiendo fatalmente sectores de la sociedad que antes estaban alejados de su control, en el mundo liberal. Solón creyó sinceramente que podría resolver los problemas de Atenas de su tiempo sin recurrir a la dictadura. Pero entonces, como en otras épocas cruciales de la Humanidad, se necesitaron medidas drásticas, que fueron bastante benignas en manos de Pisístrato: el des-

---

<sup>51</sup> Contraponemos intencionadamente en estas líneas, de un modo especial, la etapa liberal y la etapa socializante en la historia económico-política de Occidente.

tierro de sus adversarios y la confiscación de sus propiedades. Solón vivió lo suficiente para ver cómo se instauraba la dictadura de Pisístrato, pero no vivió lo suficiente para ver corroborado por la Historia que la razón estaba de parte de Pisístrato. Fueron muchos, después de Solón, los que se equivocaron al enjuiciar la obra del dictador. Muchos, entre ellos los grandes historiadores Heródoto y Tucídides. Y es que los adversarios de Pisístrato no se percataron de que al realizar la reforma agraria, tan temida de Solón, convirtió en propietarios a un número ingente de proletarios. No puedo menos de recordar con emoción que fueron los hijos de estos nuevos propietarios los que en la jornada de Maratón formaron la infantería de Milcíades y se batieron con el coraje que presta el saber que defendían su propio terruño al defender a la Patria. Allí mejor que en ningún otro momento, en el supremo peligro de la Patria, se pudo comprobar en carne viva hasta qué punto fue sabia la medida del tirano cuando impuso la reforma agraria creando así un vivero de ciudadanos fieles a Atenas hasta la muerte.

Ahora bien, a pesar de su renuncia a realizar una tarea ingrata, que hubo de echar sobre sus hombros Pisístrato, la hora de Solón no había pasado; porque, si hay en él algo de efímero, hay también algo de eterno. Solón se ha convertido en el descubridor de valores intemporales del alma occidental, como los derechos del ciudadano frente al Estado, la responsabilidad del hombre en su quehacer social, la conciencia de servicio en la «élite» rectora y la necesidad de concordia en toda empresa colectiva. Superado el momento de Pisístrato, necesariamente transitorio, se impuso el retorno a Solón. La reforma de Clístenes no fue otra cosa que un volver a las estructuras solonianas a un nivel más alto en la espiral ascendente que marcaba el progreso de Atenas, como hace ver claramente Rodríguez Adrados<sup>52</sup>. Y la imagen de Solón siguió presidiendo los destinos de Atenas en los días de Temístocles, de Cimón,

---

<sup>52</sup> ADRADOS o. c. (en n. 27) 116.

de Pericles, porque todos ellos aprendieron del gran maestro que la tarea del gobierno iba vinculada al saber, al prestigio y al sentido de servicio de la clase superior, que desde Clístenes se había incorporado cordialmente a la democracia. Sólo se borró del horizonte de Atenas la imagen de Solón cuando desapareció la elegancia aristocrática de sus dirigentes al subir al poder hombres como Cleón, que hacía gala de un aire soez y desgarrado en la asamblea, según nos cuenta Plutarco.

Hay algo de patético, decía, en la figura de Solón, porque le cupo el destino trágico de ver en vida el aparente hundimiento de todos los principios políticos por los que había luchado. Y, sin embargo, aun nos es dado admirar en este hombre otro rasgo luminoso: la alegría, el desenfadado, el sano humor verdaderamente ateniense, de que habla Adrados<sup>53</sup>, con que supo encajar su derrota política consagrándose en su retiro a las actividades privadas sin que asomen en los versos de esta época los rastros de pesimismo, rencor y amargo resentimiento que vemos, por ejemplo, en Diocleciano cuando en su retiro de Salona contempla toda su obra destrozada por la subida al poder de Constantino el Grande.

Así fue Solón, el hombre que rechazó con suprema elegancia una de las tentaciones más graves que pueden asaltar al ser humano, la tentación del poder; el hombre que dio a la Humanidad el ejemplo más inaudito de honradez política cuando hizo caer sobre su propia cabeza, antes que sobre ninguna otra, el rayo de su ley de condonación de deudas, que le acarreó ingentes pérdidas de dinero que tenía colocado en préstamos. Mientras exista la cultura griega, mientras exista la cultura occidental, seguirán hablándonos desde el pasado los versos de Solón, una de las almas más hermosas de la Humanidad.

ISIDORO MUÑOZ VALLE

---

<sup>53</sup> ADRADOS o. c. (en n. 3) 174.